

Lautaro García

El mes artístico

Conciertos Sinfónicos del maestro Erich Kleiber

La venida del maestro vienés Erich Kleiber, figura scñera entre los directores de orquesta de nuestro tiempo, ha constituido la sensación artística del mes y la más resonante y significativa nota de la temporada musical de otoño.

Se trataba de un músico que unía a la severidad de sus preferencias clásicas, un temperamento expresivo de buena ley romántica y una sensibilidad de matices, tan sugerente que denunciaba una inquietud muy moderna en cuanto a estilo en la conducción orquestal. La sobriedad de sus movimientos, que sin embargo llegaban directamente a los ejecutantes, tenía una intensa y contagiosa sugestión y traducía fielmente la infinita riqueza de sus recursos. Había en la forma de dirigir del maestro Kleiber, en el ritmo de sus brazos, en el movimiento de sus manos, algo de artista plástico y de marionetista. De la concavidad de sus palmas, contraídas como en un impulso de creación, salían los acordes graves y rotundos de la Quinta Sinfonía de Beethoven, como si fuera modelando en el aire sus frases: la mayor o menor amplitud de la batuta y el gesto de su rostro marcaban los acentos; la persistencia del puño cerrado sostenía la intensidad de los *crescendos*, así como la suave distensión de los dedos hacía que los *pianisimos* se adelgazaran hasta el murmullo. Esto cuando se internaba en esa selva batida por

la tempestad que es la música del genio de Bonn; con Mozart esos ademanes de escultor de sonoridades se transformaban en ágiles gestos digitales. Entonces parecía que cada timbre de la orquesta, es decir cada clase de instrumento, estaba ligado por un hilo invisible a sus expresivos dedos. La gracia ingrávida que el autor de «Don Juan» pusiera en sus *allegros* y *scherzos*, el encanto amanerado y señorial de sus *minuetos*, fluía de sus dedos y repercutía en el lirismo a lo Watteau de las cuerdas, violines, violas, cellos y contrabajos. Y estas dos facultades de modelar masas de sonidos y de obtener una maravillosa precisión de efectos, se amalgamó en la riqueza de matices y en la apasionada acentuación que diera a ese canto de nostalgia y desesperanza que es en el fondo la «Sinfonía Inconclusa» de Schubert.

Toda esta multiplicidad de recursos directivos estaba subordinada en Erich Kleiber a la delicadeza de su entonación general. Nunca hacía que la orquesta «gritara»; el suyo era ante todo y sobre todo un arte de matices. Conocedor profundo y concienzudo de los autores citados, cuyas obras dirigió de memoria, a cada uno le dió una fisonomía sonora que antes, nuestros aficionados a la música sinfónica, solamente habían entrevisto en contadas interpretaciones. Después, por ejemplo, de su sobrecogedora interpretación de la Tercera Sinfonía (La Heroica) en la que logró, como en Schubert—pero con diferentes acentos—una honda y vibrante emotividad, fueron muchos los asistentes al Municipal que exclamaron: «Me parece que ésta ha sido la primera vez que oigo esta obra de Beethoven».

Resulta casi obvio anotar que bajo la influencia de la batuta del maestro vienés la Orquesta Sinfónica Nacional sonó como nunca lo había oído el público chileno. Producida la unificación de los elementos orquestales que se encontraban divididos desde hace tiempo, por esas divergencias propias de la gente de arte, que trabaja tanto con sus nervios como con su cerebro, unificación debida en gran parte al ascendiente y la autoridad

de Kleiber, la orquesta se presentó muy completa, demostrando aparte de su empeño, una disciplina admirable. El concienzudo maestro vienés la sometió a largos y minuciosos ensayos. Cada día permanecía hasta cinco horas frente al atril, batuta en mano, corrigiendo efectos y puliendo detalles. Cada uno de estos ensayos era una lección elocuente, que los músicos aprovecharon asimilando rápidamente sus indicaciones. Así llegó a obtener una cabal compenetración con la masa orquestal, y ésta a su vez logró comprender tan bien los requerimientos de su dirección que en muchos pasajes de sus conciertos, Kleiber, después de imprimir el carácter de un movimiento, la dejaba a muchos compases que marchara sola, marcando el tiempo y los matices solamente con leves insinuaciones y gestos. En esos momentos, era maravilloso ver cómo todo el conjunto parecía tener un solo pensamiento interpretativo y una sola mecánica.

* * *

La brillante y sugerente dirección de Erich Kleiber, además de producir el más intenso goce estético y emotivo, sirvió también para convencer a gran parte del público del rol y la importancia que tiene el maestro conductor en un concierto sinfónico.

Para mucha gente aun dotada de viva sensibilidad, pero ayuna de conocimientos técnicos, la actuación del director frente a la orquesta es de relativa influencia. Es el gran público que únicamente siente la atracción de los sonidos y asiste a una audición con el puro deseo de hundirse en sus imaginarios mundos de sueño y evocación. Ante la magia que fluye del conjunto de instrumentos para esos espectadores casi desaparece la batuta. No se convencen de que sea ese hombre sin instrumento, parado frente al obediente concurso de ejecutantes, el que determina con el solo golpe de su varita la mágica reacción de los diversos timbres. Es un pensamiento secreto que

muchos no se atreven a confesar; pero que está siempre latente aun durante sus más intensos estados de alma.

Otras personas, por el contrario, acuden a un concierto dispuestas ante todo a sugestionarse con la labor del director. Van a presenciar el espectáculo que ofrece con el ademán de sus brazos, con sus gestos, hasta con los movimientos de su cuerpo. Para ellas el maestro es un mago que extrae de su batuta, como por truco de prestidigitación, los efectos sonoros. Cuanto más se afana y gesticula, cuanto más al desnudo deja su mímica efectista mejor lo encuentran y más eficaz les parece la interpretación, mientras más descubre la debilidad de sus dirigidos más sensible y competente les parece.

Fácil es deducir de la incredulidad de unos y la sugestión de otros que la función del director es algo complejo, que requiere no sólo una vasta y profunda preparación musical, sino también un temperamento expresivo dúctil y preciso en sus indicaciones; y sobre todo ese don inadquirible de la autoridad que fluye precisamente, de la armoniosa amalgama de todas esas cualidades y de su simpatía psicológica.

Y esto era lo que poseía Erich Kleiber, autoridad y simpatía que se desprendía de toda su persona y que llegaba directamente a los profesores de orquesta, y de éstos se retransmitía al público.